

**Congreso de Directores de Escuelas Secundarias Jesuitas de  
Europa.  
Rocca di Papa, October 20-24, 1999**

**Mensaje del P. General**

Estimados Directores y Directoras

Mientras se encuentran ustedes realizando el Congreso de JECSE, estoy participando en la Segunda Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos. Esta circunstancia me impide asistir a este Congreso, como hubiera sido mi deseo. No quiero, sin embargo, dejar de enviarles un saludo muy cordial y hacerles llegar unas palabras de aliento.

Europa es el motivo que ha convocado a los Obispos durante este mes de octubre, y el que les convoca también a ustedes hoy. Europa, que camina hacia el tercer milenio y que trata de discernir los signos de los tiempos en el momento histórico que está viviendo. Siguiendo el icono utilizado por la Asamblea de Obispos, la experiencia europea contemporánea encuentra su interpretación en la imagen de los discípulos de Emaús. Al igual que los dos discípulos, confundidos y desilusionados, que discuten sobre "lo que ha pasado en Jerusalén", es necesario que también nosotros nos detengamos un momento en el camino para interrogarnos sobre "lo que está pasando en Europa", dejándonos interpelar por la palabra y la presencia del Señor resucitado.

**1. El cuadro europeo**

El cuadro europeo de los últimos años es suficientemente conocido de todos ustedes. Permítanme solamente referirme a grandes rasgos a algunos signos de los tiempos, señalados también en la Asamblea de Obispos, que dicen relación directa con el trabajo educativo de la Compañía en el Continente.

Las esperanzas de unidad y libertad que se abrieron hace diez años con la caída de los muros, se han traducido en cambios culturales, sociales y políticos de trascendental importancia, especialmente para los países del Este. Entre los países de la Unión, la mejora de la calidad de vida y el proceso de creciente unificación e integración, incluso monetaria, ofrecen inusitadas perspectivas para el futuro. La globalización, que afecta de muy distinta manera a todos los países europeos, es un hecho irreversible. El porvenir de Europa se abre a oportunidades nunca imaginadas en su historia milenaria.

Pero no todo son signos de esperanza. La disparidad entre los países del Este y del Oeste salta a la vista. La prosperidad y el ansia de crecimiento económico van acompañados de inquietantes signos negativos. Baste mencionar el desempleo, la decepción de tantos jóvenes enfrentados a un futuro incierto, la

competitividad salvaje, la lógica del mercado que conduce a desigualdades irritantes, la corrupción, la violencia, el racismo en peligroso ascenso, la injusticia, la exclusión, la pobreza más cruda en el seno de la riqueza.

La transición de los países ex-comunistas a nuevas estructuras políticas, sociales y económicas se está realizando en medio de graves tensiones, a costa de un alto precio. El nacionalismo exacerbado, la limpieza étnica y la guerra han ensombrecido la historia europea más reciente. Ante el flujo migratorio proveniente de los países del Este europeo, de Africa y de Asia, surgen brotes de intolerancia para con los "otros", los "extra comunitarios" de distinto origen, color de piel o creencias religiosas. Hace diez años cayeron unos muros, pero nuevos muros divisorios se han levantado en medio de los corazones de los hombres y mujeres de Europa.

Desde el punto de vista de los valores, nos enfrentamos a un abigarrado panorama. Me remito a la experiencia de cada uno de ustedes con los jóvenes y las familias de sus colegios. Al lado de sentimientos de generosidad, solidaridad e impulsos de espiritualidad admirables, se encuentran entremezclados el egoísmo y el materialismo más crasos. Consumismo, hedonismo y disfrute del momento presente son norma general. Una auténtica sensibilidad ante los derechos humanos o la ecología, coexisten con el mayor desinterés por el compromiso político, social o simplemente cívico. La movilidad social abre a nuevos horizontes culturales y el voluntariado convoca a buen número de jóvenes. La libertad individual se proclama como el valor absoluto, sin restricciones morales de ningún orden. Los medios están originando una verdadera mutación cultural. Como una marea ascendente, un modo homogéneo de pensar y comportarse invade todos los órdenes.

En el terreno religioso, la increencia, el pragmatismo y el ateísmo práctico son regla general en un mundo secularizado en que lo sacral se ha vaciado de sentido y se vive y se actúa "como si Dios no existiera". Esta vaciedad va acompañada en muchos de una sed real por la búsqueda de sentido. Nuevas experiencias y grupos religiosos, desde la nebulosidad del "New Age" hasta las sectas, atraen poderosamente a los jóvenes. La persona de Jesucristo resulta irrelevante para la mayoría, y la institución de la Iglesia y sus autoridades son miradas con indiferencia, cuando no con hostilidad. El pluralismo de Europa, tanto en el terreno de la fe como de la cultura, es un hecho. La descristianización y paganización del Continente han llegado a tal punto, que se ha podido hablar de la "apostasía de Europa".

## **2. La misión de la Compañía**

En este contexto y ante esta realidad concreta les toca a ustedes llevar adelante su misión. Como en la contemplación de la Encarnación, resuena en nuestros oídos la palabra del Padre: "hagamos redención del género humano". Nos

impele el deseo ignaciano de llevar a Cristo a una civilización prácticamente atea, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo en su realidad cultural y social concreta. Mucha gente sigue confiando en nosotros y prefiere nuestra educación, no sólo por su calidad sino porque encuentran en ella un sentido profundo y un consistente conjunto de valores.

El desafío es grande. Buen número de las Provincias de la Compañía aquí representadas está marcado por el envejecimiento y la falta de vocaciones, mientras que otras tropiezan con dificultades sin fin en su esfuerzo por volver a empezar, después de cincuenta años de desolación. A unos y otros llega el reproche reconfortante del Señor: "¡qué torpes y lentos sois para creer!" A la luz del Señor resucitado, es preciso discernir "lo que está pasando en Europa", para proseguir adelante en la misión, sin dejarse llevar del abatimiento de los discípulos de Emaús.

El discernimiento de los signos de los tiempos pide un nuevo modo de aproximarse a la problemática cultural, social y religiosa ambientes, para encontrar nuevas respuestas a los nuevos problemas, y meter el vino nuevo en odres nuevos. A pesar del cambio notable iniciado en nuestros colegios hace veinticinco años, con la CG 32, el proceso de reconversión no ha terminado.

En la reciente Congregación de Procuradores, utilizando un término inspirado en el Sínodo de la Vida Consagrada, he hablado de la necesidad de una "refundación" de la Compañía. Es decir, una "conversión", un cambio profundo en la manera de ser y obrar de la Compañía, de tal modo que, a partir de nuestra inspiración fundamental, se actualice nuestro apostolado de acuerdo a las nuevas exigencias de la realidad, conjugando fidelidad a las raíces con creatividad y adaptación a los tiempos nuevos. El sector de los colegios precisa también de su particular "refundación". Señalaré solamente tres aspectos que considero deberían ser tomados en cuenta de manera especial en esta "refundación".

#### a) Identidad

En la línea de la misión propia de la Compañía y en las tres dimensiones subrayadas por la CG 34 --fe-justicia, cultura y diálogo--, la identidad de nuestros colegios necesita actualizarse y afianzarse día a día.

La proclamación del Evangelio, a tiempo y a destiempo desde los tejados, es un elemento irrenunciable de nuestra misión. La fe cristiana es un tema central en nuestros colegios. En el marco del pluralismo y del ateísmo práctico vigente en Europa, en que los creyentes tienden a replegarse como si fueran los últimos cristianos, es preciso que el testimonio de Cristo y del Evangelio adquiera transparencia y visibilidad, y que el afán de la Compañía por llevar a Cristo al mundo, se exprese también corporalmente.

A pesar de sus limitaciones institucionales, nuestros colegios pueden y deben transparentar la motivación cristiana que justifica su misma existencia. Rechazar las instituciones y optar por un trabajo des-institucionalizado, oculto en la masa, puede ser una sutil forma de des-encarnación y huida de la realidad, como la de los dos discípulos que escapaban de la comunidad de Jerusalén. No podemos contentarnos con ser sal que actúa enterrada en lo escondido. Nuestra espiritualidad nos pide ser luz que brilla en las tinieblas. A ustedes les tocará ver el modo concreto de asegurar que personas e instituciones den un testimonio visible de la fe cristiana, proclamando a la luz del mundo al Señor resucitado.

La justicia exigida por la fe no puede tampoco pasarse por alto. Hay que reconocer que el tema de la justicia, proclamado sin ambages en nuestros idearios y declaraciones de misión, ha sufrido una erosión en la Compañía en los últimos años y corre el peligro de convertirse en un simple enunciado. El cuadro de la situación europea arriba descrito, con los desajustes sociales existentes, ofrece ancho campo para sensibilizar a los jóvenes frente a la situación de injusticia que les rodea. No se trata únicamente de ofrecer programas de servicio a los más necesitados, sino de despertar la conciencia a una realidad global que se extiende más allá de las fronteras de Europa y que exige un nuevo modo de actuar en el plano de la justicia, de la ética y de la solidaridad.

De la misma manera, el universo cultural de la juventud europea, tan ajeno a la mentalidad de las generaciones adultas, exige un esfuerzo de auténtica inculturación de parte de los educadores para poder entrar en el mundo de los jóvenes y buscar respuesta a sus inquietudes. La sociedad de la información y de la comunicación universal desafía a nuestra educación. Como Pablo en el Areópago, necesitamos tratar de comprender otras culturas, y hallar el lenguaje adecuado para comunicar nuestro mensaje. En un mundo seducido tantas veces por valores no evangélicos, no temamos en insertarnos en la nueva cultura de manera crítica y creativa, aun a riesgo de resultar ocasionalmente incómodos y "contra-culturales".

Finalmente, el diálogo constituye otra de las componentes ineludibles de nuestra misión. Nuestros colegios deben ser como laboratorios en que los alumnos aprendan a convivir juntos y crecer en el respeto a los demás, especialmente a los de distinta fe, cultura o condición social, en una Europa cada vez más plural. Esto no significa caer en ningún tipo de eclecticismo o sincretismo, sino aceptar la realidad diversificada de la Europa de hoy, afirmando al mismo tiempo la identidad y convicciones propias.

## b) Liderazgo

La disminución del número de jesuitas y la creciente participación de laicos en la gestión de nuestros centros educativos es un hecho. Los jesuitas no desempeñan hoy, ni podrán desempeñar en el futuro, el papel protagónico que

cumplían años atrás. De todas partes llueven solicitudes al gobierno central de la Compañía para que los jesuitas no se retiren de sus puestos directivos, o para que al menos la Compañía no abandone a los colegios a su suerte. ¿No existe en este reclamo una desconfianza radical en la capacidad de los laicos de gestionar nuestras obras? El problema no está en quién dirige el colegio --sean jesuitas o laicos--, o en el número de jesuitas o laicos que llevan el colegio; sino si este colegio refleja las características de la educación de la Compañía de Jesús, y si se inscribe en la inspiración espiritual ignaciana y en la tradición pedagógica de la Compañía.

El quid de la cuestión está en que los que dirigen un colegio --quien está a la cabeza y quienes colaboran con él o con ella-- estén imbuidos del espíritu que debe caracterizar a una institución educativa de la Compañía, y que este talante se traduzca en la práctica. Hay que reconocer que esto no siempre se ha logrado, con jesuitas o con laicos. El tema de la capacitación para el liderazgo ignaciano es una materia pendiente. El papel que corresponde a los jesuitas y a los laicos en las nuevas estructuras de gestión que se vislumbran para el futuro, no está todavía bien definido. El lugar que la espiritualidad ignaciana y los Ejercicios de San Ignacio deben ocupar en este proceso es de una importancia determinante.

Me complace mucho que JECSE haya escogido el liderazgo ignaciano como tema de este Congreso. Les invito a todos ustedes a compartir sus experiencias, reflexionar sobre ellas y llegar a propuestas operativas conjuntas en el importante tema de la formación para el liderazgo ignaciano. La identidad y el mismo futuro de nuestros colegios en Europa dependen en buena parte de las medidas que se adopten al respecto.

### c) Trabajo en red

Las respuestas que se esperan de ustedes en temas tan cruciales como los que he enumerado, rebasan su capacidad como países o como Provincias. En una Europa en vías de creciente integración y en un mundo cada vez más globalizado, encerrarse en los límites estrechos de las propias Provincias o países es condenarse al fracaso. En mi alocución "De Statu Societatis" a la Congregación de Procuradores sostuve el pasado mes de setiembre que en Europa ha llegado la hora de superar los confines y de colaborar conjuntamente como jesuitas europeos. ¿Estamos explotando suficientemente las posibilidades que se nos ofrecen por el hecho de constituir la Compañía un cuerpo apostólico internacional?

En esta perspectiva, JECSE podría ser algo más que una simple coordinadora y una plataforma de encuentro amigable entre directores, sin ulterior compromiso. Respetando la debida autonomía, habría que pensar en poner en funcionamiento estructuras ágiles de mutua cooperación, que animaran a la red de colegios e impulsaran acciones y proyectos conjuntos. Pienso, por ejemplo,

en el apoyo que algunas Provincias y colegios están prestando ya a colegios de Europa del Este, y el que se podría prestar todavía. Pienso no ya en grandes proyectos europeos, sino en proyectos muy concretos de intercambio entre colegios, entre Provincias, entre países, dentro y fuera de Europa. La recuperación del sentido de la Compañía como cuerpo apostólico para la ayuda de las almas, constituye también una de las consecuencias de la "refundación" de la Compañía y de los colegios.

### **3. Conclusión**

El caminante desconocido de Emaús abrió los ojos y enardeció el corazón de los dos discípulos, que habían perdido la esperanza y no encontraban sentido a lo que había sucedido en la ciudad. Compañeros de camino, jesuitas y laicos comprometidos en los colegios de la Compañía en Europa, siguen ustedes las huellas de quienes hicieron camino con Jesús. A ustedes les toca en su labor educativa dar sentido y anunciar a los hombres y mujeres de este Continente a "Jesucristo, vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa".

Les deseo a todos ustedes un trabajo muy fructífero en estos días de encuentro, y pido al Señor que les asista con su presencia para seguir caminando con nuevos ánimos --a ejemplo de Ignacio de Loyola, peregrino por los caminos de Europa--, al servicio de la misión de Cristo.